

EL CLUB DE LAS PROXIMAS LECTURAS



Para diseccionar el presente

Óscar Brox

LOS PUNTOS CIEGOS, DE BORJA BAGUNYÀ (MALAS TIERRAS)

El arranque de *Los puntos ciegos* le resultará familiar a la gente que pertenece (o caza y recolecta o trata de sobrevivir como buenamente puede) al entorno universitario. En él, Borja Bagunyà describe lo que podría ser la cadena trófica del mundo académico, ahora que la institución *languidece* entre exigencias curriculares, sobreproducción de *papers* y diatribas sobre lo que debe ser o no el programa de estudios de tal o cual carrera. Frente a Antoni Morella, uno de los antihéroes de la novela, Olivier. O lo que es lo mismo: el encanto de lo posmo, con sus chucherías intelectuales y su relativismo cultural, opuesto a una idea de enseñanza universitaria que nadie sabría decir si pertenece al pasado o a algo que, definitivamente, nunca llegó a ser. Un sueño, una aspiración, una forma de entender, investigar o procesar el conocimiento que no encaja en el modelo cognitivo de nuestras sociedades contemporáneas.

Un arranque que también sirve para empezar a conocer la escritura de Bagunyà. Ahí empieza una riada de párrafos apretados en las páginas, densos y a la vez agilísimos, rellenos de paréntesis, mala baba y una capacidad para diseccionar el entorno de sus protagonistas. Una escritura que apenas tiene el ritmo, que marca frenéticamente ese tedio que caracteriza una reunión entre profesores y la catarata de rencillas, insultos y odios que se profesan los unos a los otros. Francamente, no sé cómo explicar esa forma de Bagunyà para capturarlo todo sin, prácticamente, salir de la mirada y los pensamientos de Morella. Esa forma febril, obsesiva, detallando cada cosa a sabiendas de lo estéril que va a ser, porque la sociedad se marchita a toda pastilla y buscar algo así como un pensamiento genuino, que provoque un crac o, al menos, una reconsideración de quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos está condenada al fracaso.

Los puntos ciegos es una novela de monstruos. Sesé, la mujer de Morella, trabaja como ginecóloga. Asiste a un parto muy complicado y observa, tras dar a luz la paciente, algo que va a permanecer grabado a fuego: un bebé con tantas malformaciones que, a

su manera, es un milagro malo. La demostración de algo, quizá inexplicable, pero que a Sesé le produce un crac parecido a su marido. Tan grande como para, en lo que resta de libro, convertirse en una especie de Capitán Achab de la ginecología y lanzarse a la búsqueda de un fundamento, una pista, cualquier cosa que le permita adaptar esa imagen que le persigue al molde mental que viene fabricado de serie. Lo humano y lo inhumano, o esto último como verdadera condición de posibilidad para lo primero. Otra búsqueda condenada al fracaso, otra historia que Bagunyà narra con una mezcla de precisión y pulso trepidante. Cómo explicarlo (otra vez): me encanta esa facilidad con la que la acción, el trabajo de *puesta en escena* (si esto fuera una película...) funciona al mismo nivel que la reflexión, el comentario y la consideración moral. O sea, el ambiente hospitalario y una ciudad moribunda, la clase cultural en sus horas más bajas y los personajes tratando de identificarse o encontrarse a sí mismo en medio de todo ese berenjenal. Los monstruos, en sentido literal, y aquellos otros que, aun siendo figurados, dan casi más miedo. Fundamentalmente, porque no conceden a sus protagonistas la posibilidad de una epifanía, una revelación o, como mínimo, una salida de emergencia.

Olof, el tercero en discordia, es el sobrino de Morella, el hijo del hermano odioso que se fue a hacer las Américas y ha abrazado sin complejos el mantra neoliberal, el capitalismo ramplón y todo lo que venda su *way of life*. Olof es otro monstruo, tal vez el más fascinante, porque dibuja las contradicciones y los fracasos de sus protagonistas. Cómo la vieja cultura europea, la de verdad, hace aguas por todas partes; cómo las políticas, los grandes gestos, las aspiraciones a una vida diferente, el empeño,

etc., etc. han sido fagocitados por un marco mental, digamos, global contra el que hay tan poco que hacer como los cambios en los programas de estudios universitarios. Es un giro copernicano. Un apocalipsis a escala íntima. Ni más ni menos. Sobrevive el cínico o el gilipollas, el que abraza más rápido la doctrina en boga, el que piense menos en el futuro y más en monetizar cada segundo del presente. Y en estas que la novela de Bagunyà se transforma en un acto de rebeldía, en un trabajo de ficción que no deja de perseverar en la necesidad de dismantelar ese marco. Conceder, por una vez, el protagonismo a los fracasados, a los genios mediocres. A Morella con ese paper que nadie quiere publicar porque no se ajusta a lo que ahora entendemos por investigación; A Sesé con esa búsqueda del bebé que la convierte en detective, en vez de ginecóloga. Uno y otra, mujer y marido, buscan su epifanía, su lugar en un mundo que cada vez reconocen menos, a pesar de que con eso solo consigan distanciarse un poco más, ensanchando la brecha que amenaza a su matrimonio.

No sé si es correcto decir que los personajes de Bagunyà viven obsesionados, por mucho que su forma de contarlos sea obsesiva, precisa hasta la extenuación, torrencial y proliza en todo (empezando por un sentido del humor de lo más corrosivo). Podrían compartir mesa con los de Bernhard, si no fuera por ese exceso de humanidad que los aleja de caer en la tentación de la misantropía. Es difícil no quererlos, sobre todo a medida que flaquean sus fuerzas, que se pierden en el laberinto de esa nada tan cotidiana que no saben cómo surfear. Porque no son tan posmos (quizá sí neoliberales, a eso es difícil resistirse hoy en día) como para que no les importe lo que hacen, quiénes son y qué va a ser de

ellos. Y lo cierto es que el discurso de Bagunyà es muy crítico, muy potente en su forma de denunciar unas estructuras sociales, vitales y, casi, ciudadanas que hace tiempo entraron en colapso. Sin gravedad, pero con gracia; sin fruncir el ceño, pero sí con la suficiente rebeldía como para sentir un poco de asco en la garganta. Y transmitírselo a sus personajes. Intentar que no caigan en el desdén por todas las cosas, en la decepción por la falta de cambio o, peor aún, porque ya ha acontecido uno y no les deja precisamente en buen lugar. Otra ginecóloga más, otro profesor universitario que vivirá hasta jubilación sin groupies ni grandes obras. Bajo el peso de saber que hay algo en el tejido de la realidad que se ha vuelto inane, aburrido, mediocre, sin relieve ni nada que incite a revolverse, a pensar o, mejor aún, actuar.

Se podría decir que *Los puntos ciegos* es algo así como la radiografía de una derrota vital y, al mismo tiempo, el vitalísimo ejercicio literario de rebeldía frente a esa derrota. Lo que los personajes no pueden, las palabras sí. Los párrafos. La organización. El ritmo. La escritura. Los paréntesis. Los usos de la ironía, la alta, la baja y hasta la mediana cultura. Los infinitos recursos de Bagunyà para exprimir y triturar cada elemento y, en vez de una papilla, dejar los tropezones repartidos por las páginas para asegurarse de que reparamos en todo ello. Por algún motivo, me viene a la mente aquella película de John Carpenter, *Están vivos*, con Roddy Piper, por aquel entonces también luchador de *pressing catch*, observando alucinado a su sociedad abducida por las cosas, el consumo, etc., etc. Ojalá Morella llevase esas mismas gafas oscuras cuando asiste estupefacto a las reuniones del claustro. La verdadera exhibición de atrocidades de nuestro tiempo.

Iluminación íntima

Francisca Pageo

LA CASA JUNTO AL MAR, DE MAY
SARTON (GALLO NERO)

[Nota editorial] «Un amanecer sereno. He contemplado el sol bañando el estudio con una luz anaranjada y brillante, y me he sentado para atrapar la visión del disco rojo justo cuando se detenía un segundo en el borde exacto del horizonte.» En 1973, May Sarton abandonó su casa de Nuevo Hampshire, escenario de toda esa vida interior y creativa que tan bien supo plasmar en *Anhelos de raíces* y *Diario de una soledad*, para trasladarse a una casa en la costa de Maine, un lugar solitario salvo en los meses de verano, con el mar, los bosques y los cielos inmensos siempre presentes. Al principio, la paz del lugar y el haber escapado a la angustia vivida durante tanto tiempo, que había llegado a asociar con la casa de Nuevo Hampshire, parece encerrar también un lado oscuro. Tal y como afirma la autora, «Me quedé cautivada por algo sobre lo que había leído unos años atrás sobre el hecho de que los japoneses, cuando atraviesan un periodo de paz, lo único que pintan son abanicos».

Sin embargo, la pasión creativa regresó, y Sarton descubrió, así, que lo mucho que tenía que ofrecer no dependía de los demás; un descubrimiento de un valor excepcional. «La soledad, como los largos amores, se vuelve más profunda con el tiempo, y confío en que no me falle a medida que mi poder creativo vaya mermando, pues crecer en soledad es un modo de crecer hasta el final», dice la autora.

Este es el más conmovedor y reflexivo de los diarios-memorias de Sarton. Una obra para meditar, saborear y amar por la pura belleza del alma y el pensamiento que la conforman. Es, ciertamente, un libro radiante.

Ratas del tiempo

Juan Jiménez García

FLORES AZULES, DE RAYMOND QUENEAU (SEIX BARRAL)

Cidrolin sueña con un señor que está unos siglos atrás. Tumbado en su barcaza, ahí, en el río, sueña con un señor feudal que tiene un caballo que habla, que es duque, el duque d'Auge, que tiene pensamientos de duque medieval y un escudero, un escudero que también tiene un caballo que habla, y ahí van, de un sueño a otro, filosofando sobre el sentido de la vida, cuando la vida valía bien poco y uno se escandalizaba, sin razón, por unos cuantos niños merendados. Cidrolin, en sí mismo, no tiene mucho que contar. Lo único que le habla, es su hija, la tercera, que no tardará en irse con un tipo como otro cualquiera. Y entonces se tiene que buscar a alguien, alguien que le prepare algo de comer y limpie, y de paso salvar un alma del infierno, porque el infierno es algo que está en todas partes, no como él, que solo está en esa barcaza inmóvil. Aunque es cierto que tiene sus distracciones (campistas, vigilantes y gentes varias y raras, algún que otro fulano) e incluso preocupaciones, las invariables pintadas nocturnas en su valla que le reprochan asuntos superados del pasado y le hacen pintarla de blanco una y otra vez. Y lo dicho: duerme y sueña con ese duque, su escudero, su caballo parlanchín y otro más callado, a riesgo de acabar ardiendo en cualquier hoguera antibrujeril. El duque d'Auge, todo hay que decirlo, tiene un carácter imposable y una afición a hacer lo que le sale de las

narices o algún que otro órgano. Además, no se está quieto. Ni él, ni el tiempo. Porque, de un día para otro, va saltando y superando años y siglos, sin que le preocupe especialmente, porque la vida es igual en todas partes y en todo momento y uno evoluciona, pero no tanto, y en lo básico (y el duque d'Auge, como Cidrolin, son propensos a una vida campesina, con los justos y necesarios excesos), uno puede vivir en cualquier época si no se hace demasiadas preguntas, e incluso ser fiel a sí mismo. Recomencemos. Raymond Queneau es un escritor que sueña con un tipo que vive en una barcaza inmovilizada y que se llama Cidrolin. Ese Cidrolin sueña con un duque, el duque d'Auge, el duque d'Auge que tiene un caballo que... La escritura es el sueño de una cosa. De una palabrería que fluye, que abraza el mundo, que se añade capa a capa, y que capa a capa lo desmonta. Las palabras son la materia de la que estamos contruidos, aquello que nos define. *Escribir como se habla: así es la nueva tendencia en la literatura española*. Pero qué demonios... Qué largo se está haciendo este siglo XXI. En Raymond Queneau el lenguaje es el fondo de la cuestión, aquello sobre la que se construye la novela. Ocultos, están, una y otra vez, pero no siempre, los andamiajes oulipianos. El gusto por el juego. El juego como interpretación de un mundo que necesita un lenguaje propio para poder ser, no

entendido (¡qué pretencioso!), sino mostrado. La vida era así. ¿Y ahora qué? Esas flores azules crecen el terreno abonado de la narrativa de Queneau, un terreno trabajado durante toda una vida, desde *Le chiendant* (año 1933) hasta *El vuelo de Ícaro (Flores azules)*, es su penúltima obra narrativa, año 1965). Treinta años de fulanos, palabras, lenguaje, humor, construcción, deconstrucción, juego, amor por las corrientes subterráneas y, también, por qué no decirlo, por una melancolía de metros perdidos, no vistos. Un mundo que se despide, que se aleja, que nos deja solos en una modernidad de digestión pesada. Porque Queneau amaba los puertos y las calles. Los barcos que vienen y van o ni vienen ni van, y los tipos que pueblan esas conexiones nerviosas de la gran ciudad. Y yo, que estoy aquí, años después y no recuerdo con qué sueño (pero es seguro que no con duques e igualmente seguro que más triste), amo las mismas cosas que él, por las mismas razones que él. Pienso que los inviernos son duros (ahora inexistentes) y aprecio la belleza de las flores de color azul. También creo que en la literatura como juego y como algo cercano a la felicidad. Como Zazie, envejeczo. Y mientras tanto, sigo amando profundamente a Raymond Queneau y todos sus libros, leídos una y otra vez, nunca serán suficientes, pero sí imprescindibles. Es decir, necesarios.

Escritura y oralidad. Resulta fascinante empezar la lectura de *Panthers* y *museo del fuego* y toparse, casi de inmediato, con un texto en el que apenas hay respiración entre párrafos. En el que la memoria de su protagonista, así como su autorretrato emocional, se derrama en cualquier dirección, combinando con precisión ese aire pretendidamente oral con una estructura mucho más compleja. Oral, ¿de verdad? No se me ocurre otra palabra para definir el efecto mediante el que Jen Craig nos sumerge en las cuitas personales de "Jen"; en esa manera de caracolear entre recuerdos, opiniones, pensamientos en voz alta, decisiones por tomar y un estado emocional de euforia que su autora describe con una elaboradísima naturalidad. O sea, sabiendo cómo manejar el texto, las palabras, las frases y el ritmo, la estructura y casi cualquier otra cosa para transportarnos a una suerte de monólogo interior. A una erupción de palabras y sentimientos que, a ratos, se deslizan sobre la página con la cadencia de un paseo -por momentos, Craig tiene esa habilidad para movernos junto a su personaje- y, a ratos también, podrían ser parte de un autoanálisis desde el sofá de una consulta -la autora, por cierto, es psicoterapeuta. La cuestión es que uno entra en la novela y se nota desconcertado, como trastabillándose durante el paseo con su protagonista, sobrepasado por el torrente de declaraciones íntimas pero, a la vez, fascinado por esa forma de hablar, o de plasmarlo en el texto. Con sus rodeos, titubeos, idas y venidas a un pasado reciente y confesiones sin nada especial. Es decir, con esa forma tan peculiar de plasmar la euforia de una vida cualquiera, que resulta tan especial por la implacable manera de su autora de desnudarla en el párrafo. Sin dejarle sitio para respirar, como una erupción de lava que se derrama sobre

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR
LLIBRERIARAMONLLULL.COM

La novela por hacer

Oscar Brox

PANTHERS Y MUSEO DEL FUEGO, DE JEN CRAIG (PÁLIDO FUEGO)

las páginas a la manera de un incontenible impulso creativo. **Jen y alrededores.** *Panthers* y *museo del fuego* es el título de una novela dentro de la novela. La novela de Sarah, una amiga del pasado recién fallecida, que por extrañas circunstancias ha caído en manos de Jen. Podría ser su magdalena *proustiana*, en tanto que su lectura activa una narración al detalle de un pasado repleto de dudas, situaciones, rostros y lugares, en su mayoría nada del otro mundo, sin los que la protagonista no podría construirse tal y como es. Ahí está una de las claves: la novela (que no existe más allá del título) como palanca para escribir esa otra novela, que tampoco existe más allá de las cuitas e intimidades del personaje. La novela, según la entiende Craig, convertida en una exuberante mezcla de pensamientos interiores y titubeos existenciales, de eternos rodeos alrededor de una aparente nada, que sin embargo acaban construyendo a un personaje fascinante. ¿Por qué? Quizá por la sencillez con la que transmite su fragilidad o da cuenta de ese inventario de deudas y dolores el pasado -la anorexia, la frustración laboral, el desencanto amoroso o, simplemente, esa patológica inseguridad a la hora de ser natural. De hecho, una de las partes más maravillosas de la novela abarca prácticamente veinte hojas en las que su protagonista vuelve, incansable, sobre sus problemas para verbalizar algo tan aparentemente sencillo y natural como arrancar el inicio de una conversación, pedir

un café en un bar o preguntarle a alguien qué tal está. Por mucho que, una y otra vez, evoca cada una de las cosas que dijo, ha dicho o le va a decir a su amigo Raf, casi la única huella de humanidad en ese monólogo incansable. **Euforia.** Tal vez eso sea lo que me descoloca de entrada, lo que me resulta avasallador en una primera lectura. Lo que machaca el párrafo y tritura la página, mientras me lleva por los vericuetos de su relación (o lo que recuerda de su relación) con la amiga muerta, lo que le dirá (o no le dirá) a Pamela, la hermana de la amiga muerta, o la necesidad (o quizá el aburrimiento) de ir a las Blue Mountains y ver qué se cuece en ese paisaje. Esa manera con la que Craig traslada los conflictos, casi la ansiedad, de un personaje que nunca sabes del todo si se está descomponiendo en su nada particular o, por el contrario, si no ha sacado músculo tras encontrar una voz desde la que contar, contarse y contarnos su historia. Porque, en cierto modo, es como si todo desapareciera engullido por la voz de Jen. Rostros, lugares, pasado, presente. Todo absorbido por su tremenda capacidad para dar vueltas alrededor de su identidad, de su intimidad, de sus crisis de cualquier tipo, de hasta el más mínimo detalle de su vida interior que pueda ser útil para urdir su autorretrato. Y el efecto, además de literariamente maravilloso, también consigue ser angustioso, como si nos atrapase en ese enredo de frases y pensamientos en voz alta que se agolpan sin descanso por las páginas.

La novela por hacer. En realidad es poco lo que llegamos a saber de Jen. Para ser un ejercicio de vaciado completo, esa narradora que no para de contarnos cosas se guarda otras tantas. No es muy fiable, salvo que nos dejemos llevar por la intensidad de sus deseos creativos. Y eso dice mucho de la habilidad de Craig para retratar su tiempo, su lugar y la dificultad para dar cuenta de uno mismo hasta, prácticamente, las últimas consecuencias. Ejercicio bellissimo, por fracasado, por esa sensación de que antes se agotaron las palabras y los recursos que lo que se puede decir de uno mismo. Por esa impresión de que un -casi-monólogo tan tremebundo apenas araña la superficie de la vida interior de Jen. Y en lo que araña muestra un vacío también tremebundo, tanto o más terrible que ese tedio con el que se definen los personajes que le rodean. Tedio, falta de interés o una naturalidad tan monda y lironda que hasta resulta ofensiva (porque la otra *Panthers*, la novela dentro de la novela, quizá solo sea ejemplo de literatura terrible que, por el mero hecho de existir, activa las palancas de la frustración creativa y regala un poco de optimismo a la vida corriente de su protagonista). Por eso, me da la sensación de que Jen Craig ha escrito sobre una novela por hacer, que su protagonista empieza una y otra vez, que arranca siempre que algo le viene a la mente, para quedarse en pura potencia creativa. En un gesto, un deseo o un efecto. La euforia o la necesidad de escapar esa desazón existencial tan propia de la madurez. Y que tan bien disecciona Craig en su novela, la de verdad, haciendo como quien no quiere la cosa un retrato, o un análisis, contemporáneo tan elaborado -y, sin embargo, tan aparentemente natural, sencillo y, otra vez, oral- e inteligente que nos deja sin respiración.

La abolición del futuro

Juan Jiménez García

LAS TEMPESTÁLIDAS, DE GUEORGUI GOSPODÍNOV (FULGENCIO PIMENTEL)

Cualquier tiempo pasado fue mejor... ¿Qué frase más absurda! Cuando eres joven, carece del más mínimo interés, y cuando alcanzas una cierta edad, ni tan siquiera una especialmente avanzada, es una broma más. Ese tiempo, individual o colectivo que consideramos mejor ya no por una nostalgia del pasado, sino por esas bromas que nos gasta nuestra memoria. Cualquier tiempo pasado fue mejor simplemente porque pasó y quedó fijado según nuestro interés. Nos gustaría pensar que todo lo bueno y lo malo permanece de alguna manera, como decía aquel personaje de Chéjov, pero no, es seguro que no. Y sin embargo... Ahí sigue instalado este pasado: entre el olvido y esa nostalgia (que tal vez solo sea de una juventud perdida, de una infancia abandonada). Pero ¿y cuando ese pasado simplemente no es mejor ni peor sino necesario? Necesario porque se nos escapa de las manos, como arena entre los dedos. Ese olvido como algo terrible, como abismo o, mejor, como noche de los tiempos, unas tinieblas que lo devoran, que lo convierten en polvo, en nada, enfermos de Alzheimer. La destrucción de la memoria, leo. Entonces, preservar ese tiempo ya transcurrido, las experiencias vividas, es una necesidad. Y ni tan siquiera debería ser cosa de esa necesidad que nos crea la enfermedad. Perdemos tantas cosas en este lento-rápido camino de un lado al otro de nuestras vidas... Tantas cosas que echamos de menos, justamente. Y entonces Gueorgui Gospodínov nos propone una visión de un mundo posible, en el que el pasado es reconstruido en habitaciones, en clínicas, como un conjunto de estímulos para volver a encontrarnos con lo que fuimos o lo que fue o lo que pudo ser, ese revoltijo confuso, a menudo tramposo, que nos alimenta. *Las tempestálidas* es un libro de consecuencias. Lo que empieza como un estímulo para sacar de esas tinieblas algunas cosas, mientras nos aferramos a otras, en ese inexorable avance de la enfermedad, acaba como una locura colectiva de recons-

trucción de aquellos pasados que nos parecieron mejores. Una especie de lista de grandes éxitos europea, por la que cada uno se instala en los años que más le convienen. Los mejores años de nuestra vida. Unas vidas que ni tan siquiera fueron necesariamente nuestras. Volver a milagros económicos, a revoluciones triunfantes, olvidar las derrotas de la Historia y quedarse con las victorias, no pocas veces confusas. Olvidarse de los avances, tirar móviles y redes sociales, coches eléctricos, internet e inteligencias artificiales, porque lo que nos haría felices era buscar playas bajo los adoquines. Saltarse esos años feos, esas manchas que lo estropean todo, y avanzar hacia un futuro conocido, desde la seguridad de haber elegido bien y con cuidado. ¡Cómo elegir los años tranquilos de Weimar (¿existieron?) si luego viene Hitler! ¿Y la Segunda República pendiente de una guerra civil y cuarenta años de dictadura? Mejor los años ochenta o cualquier otro espejismo. Mejor elegir un espejo que nos deforme lo menos posible e incluso nos muestre favorecidos. En las ideas de Gaustín y su ejecución, y en la ironía del narrador (que podría pasar por el escritor), se encierran las paradojas de estos años y tal vez de todos. Ese gusto por pasados gloriosos, debidamente deformados, y como una buena idea acaba convertida en una locura colectiva. O como los avances de la ciencia y su uso perverso nos pueden llevar al retroceso de estas sociedades necesitadas de afecto. La felicidad está en otra parte, del mismo modo que uno siempre está en el sitio equivocado. Y por dentro de este caso colectivo de alteración del discurrir del tiempo, Gospodínov, como no podía ser de otro modo, le dedica su espacio a un hipotético caso búlgaro, para llegar a la conclusión de que todos somos búlgaros, y que lo que vale para uno vale para tantos. Será la naturaleza humana, por ponérselo fácil y movernos en la comodidad de lo abstracto. Y así, andando hacia atrás, Gueorgui Gospodínov vuelve a demostrarnos que es un escritor

que cuenta, con toda la amplitud del término, y que sus libros anteriores son parte de una obra muy personal llena de intenciones, un proyecto de construir una escritura capaz de devolvernos partes de nosotros mismos observadas despiadadamente (aunque no exentas de un cierto e irónico cariño). Y entre esas obras, *Las tempestálidas* deslumbra no solo por su propuesta, sino porque se instala, desde esa nostalgia ridícula del pasado, en un absoluto presente, en el que no pocos parecen empeñados en añorar lo que seguramente nunca existió y en volver hacia atrás, quién sabe si no asustados por la velocidad actual (¿de cuerpo que cae?). Un brutal retrato de un tiempo por venir que aspira a la abolición del futuro y las incertezas, como si estas no fueran aquello que sostiene, cual Atlas, la bola del mundo.

PRESENTACIÓN
VANAS REPETICIONES DEL OLVIDO

27 DE MAYO, 12:00
LLIBRERIA RAMON LLULL

CON
EUSEBIO CALONGE

EN CONVERSACIÓN CON
JUAN JIMÉNEZ GARCÍA
(REVISTA DETOUR)

AGRADECIMIENTOS
pepitas25 AJUNTAMENT DE VALÈNCIA TEM

Un sueño dentro de otro sueño

Francisca Pageo

HOTEL SPLENDID (MALAS TIERRAS)

[Nota editorial] Una mujer sin nombre, sin edad y sin rostro narra la Pasión del Hotel Splendid, su tesoro, herencia de su abuela, quien lo mandó construir a orillas de un pantano con vida propia. Un hotel al borde de la ruina, que sufre todo tipo de ataques, desde plagas de mosquitos hasta el atasco constante de los sanitarios. Trabajadora infatigable, la narradora se consagra al cuidado de sus clientes, que llegan atraídos por los letreros de neón que brillan en la noche o enviados por la empresa encargada de la construcción de un ferrocarril que podría ser la solución a todos sus problemas, mientras atiende a dos hermanas, Ada, siempre enferma, y Adel, actriz frustrada, en perpetua disputa. Publicada en 1986 y ahora por primera vez en castellano, *Hotel Splendid* es una novela extraña y cautivadora que se ha comparado con la obra de Annie Ernaux, Franz Kafka o Samuel Beckett, y que sirvió a su autora para presentarse como una de las narradoras más sobresalientes de la literatura francesa.

PRÓXIMO CLUB A TRAVÉS DEL ESPEJO ESCRITORES SOBRE ESCRITORES

1 DE JULIO, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL
CORONA, 5 - VALENCIA

EL CLUB DE LAS PRÓXIMAS LECTURAS
POR DETOUR - CLUB.DETOURES

1 DE JULIO, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL

CARRÈRE BERTI
ZGUSTOVA DRIEU LA ROCHELLE
REMÓN GINZBURG

LIMÓNNOV CONRAD
HRABAL RIGAULT
GARCÍA LORCA
CHÉJOY

A TRAVÉS DEL ESPEJO
ESCRITORES SOBRE ESCRITORES